



# MAESTRA del HIERRO

TRICIA LEVENSELLER  
minotauro



**MAESTRA**  
**del HIERRO**

**Forjadora de espadas 2**

**TRICIA LEVENSELLER**

minotauro

*Maestra del hierro*

Título original: *Master of Iron*

Copyright © 2022 by Tricia Levenseller

Map art copyright © 2021 by Noverantale

Jacket art © 2022 by Sasha Vinogradova

Jacket design by Liz Dresner and Angela Jun

Cover case art © 2022 by Shutterstock

Published by arrangement with Feiwel & Friends, an imprint of

Macmillan Publishing Group, LLC

Limited Partnership through Sandra Bruna Agencia Literaria SL. All rights reserved.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Revisión: Agencia Yerro

Traducción: © Pilar de la Peña Minguell, 2024

ISBN: 978-84-450-1719-7

Depósito legal: B. 8.388-2024

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

## ❧ CAPÍTULO ❧

# 1

No hay tiempo para esto.»

En el camino hay un árbol caído que nos impide llegar al puente.

Miro a mi hermana dormida y veo que, cada vez que su respiración sibilante se torna ataque de tos, los labios se le llenan de puntitos rojos. La pongo de lado para evitar que se ahogue con su propia sangre. La tenemos inconsciente con una tintura que impide que los espasmos le empeoren las heridas. Las suturas de los brazos ya no le sangran, pero el tajo del costado le ha alcanzado un pulmón y sigue supurando sangre, razón por la que respira con dificultad.

Se está apagando delante de mis ojos y aún nos quedan días para llegar a la sanadora mágica que reside en Skiro.

Poso la mirada asesina en Kymora, la comandante atada a solo unos centímetros de mí en el carro. Ella es la responsable del estado actual de Temra y, si mi hermana muere, no habrá ejército en el mundo capaz de impedir mi venganza.

Kellyn se pone en pie sobre el pescante, se descuelga la espada larga y desenvaina el acero mágico que yo le fabriqué.

—¿Para qué sacas eso? —pregunta Petrik—. No pensarás abrirte paso a espadazos...

—Calla. Vete atrás con Ziva y agachad la cabeza.

El estudiante hace lo que le dicen y yo exploro el bosque de alrededor y descubro por fin el peligro que nos acecha.

Somos un grupo pequeño y entre nosotros solo hay tres luchadores entrenados: mi hermana inconsciente; Kymora, que está herida, atada y se va a quedar así, y Kellyn, un mercenario a sueldo que sigue con nosotros aunque ya no le paguemos.

Este último está completamente inmóvil, con los ojos muy abiertos a cualquier amenaza.

Un grupo de hombres sube a toda prisa la loma que conduce al río, armados con varas y garrotes asidos sin fuerza. A Petrik se le entrecorta la respiración y yo cubro a mi hermana para protegerla.

Los recién llegados se detienen a poco más de tres metros de distancia.

—Hola, amigos —grita uno de ellos. Es un tipo corpulento, pero no tanto como Kellyn. Tiene el vientre musculoso y unas manos grandes como palas. Se acerca cada vez más a nuestro carro, arrastrando el garrote por el suelo. Las cejas se le han juntado en una sola línea.

—No queremos problemas —dice Kellyn—. Llevamos a una enferma. Buscamos ayuda en la capital.

Los ocho hombres que respaldan al cabecilla gruñen y sonríen sin ganas.

—Estupendo. Nosotros tampoco queremos problemas. Hemos venido a ofrecer nuestros servicios: por cincuenta ockles, os ayudamos a apartar este tronco del camino.

Como uno de ellos lleva un hacha al hombro sin disimulos, no es difícil deducir su juego.

—No va a poder ser porque no tenemos dinero —contesta Kellyn.

El cabecilla del garrote se lleva el meñique al oído.

—No sé si he oído bien, amigo. Me ha parecido que decías que no tenéis dinero. A ver, ¿quién va en busca de una sanadora sin llevar dinero? El precio de nuestra generosa asistencia acaba de subir a setenta y cinco ockles.

Me noto una familia entera de gusanos culebreándome por las tripas. Odio los enfrentamientos, pero la rabia y la necesidad imperiosa de proteger a mi hermana superan todo lo demás.

Me levanto.

—Mi hermana se está muriendo. Dejadnos pasar. De verdad que no tenemos dinero. La sanadora es amiga nuestra. No vamos a pagarle por sus servicios.

Se adelanta otro de ellos, golpeteando el suelo con la vara. Se asoma a la parte trasera del carro y Petrik se mueve a la vez que él, interponiéndose entre Temra y el peligro.

—Tu hermana posiblemente ya esté muerta. No hay prisa.

Procuro que el fatídico diagnóstico del bandido no me afecte, pero me siento como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago. «Él no sabe lo de la sanadora mágica; aún podemos salvar a Temra —me recuerdo—. Todavía hay esperanza.»

—Devran —prosigue el bandido—, ¡aquí atrás tienen a una mujer atada!

El cabecilla, Devran, chasca la lengua.



—Uy, eso está muy mal —dice, y se asoma al carro para ver mejor a Kymora—. ¿Le han puesto precio a su cabeza? Si es así, os la quitamos de encima con mucho gusto.

Ni de coña se va a llevar a Kymora. Es nuestra moneda de cambio. Debemos entregarla a las autoridades para que dejen de poner precio a nuestras propias cabezas. Confiamos en que la captura nos granjee el favor del príncipe Skiro y así nos deje usar a su sanadora.

Y hay que moverse. ¡Ya!

—Apartad y dejadnos pasar —dice Kellyn—. No lo voy a repetir.

Devran se muerde el labio inferior y echa un vistazo a nuestro grupito.

—Vais a perdonar que no nos creamos lo del dinero. Chicos, registradlos a conciencia. Y si no llevan nada encima, nos quedamos con los caballos y con ese acero —añade, señalando a *Lady Asesina*, la espada larga de Kellyn—. Es una belleza.

Nueve contra Kellyn, Petrik y yo.

En peores situaciones nos hemos visto, desde luego.

—Tranquila —le susurro a Temra, aunque seguramente no me oye.

Bajo de un salto del carro y me yergo. El tipo que tengo más cerca retrocede.

—¡Ostras! —exclama mirándome desde abajo.

Sí, «desde abajo». Siempre he sido más alta que la mayoría de los hombres; mido más de metro ochenta. Normalmente me fastidia mi estatura porque me convierte en blanco de miradas y comentarios, pero justo ahora me gusta cómo me está mirando el bandido, como si lo intimidara.

Cuando me saco del cinto los dos martillos, el tipo enarca las cejas.

Puede que no sea una guerrera avezada, pero sí una herrera experimentada, y no hay nada que haga mejor que blandir el martillo.

Kellyn se me planta al lado de un salto, delante del costado del carro en el que está mi hermana. Veo que Kymora le tiende las manos a Petrik, suplicándole en silencio que la libere. «Os puedo ayudar», dice su rostro.

Pero Petrik, sin mediar palabra, coge del carro una vara metálica y se une a nosotros. En su momento sirvió de eje, pero ahora es mágica.

—Amigos —dice Devran—, somos más, y mis hombres os van a tratar con más cariño si deponéis las armas. No hay motivo para perder la cabeza.

—Espera en el carro, que ya me encargo yo —me dice Kellyn.

—Si quisiera esperar en el carro, no me habría bajado.

—Vale —responde en voz baja, pero no me siento mal por haberle replicado. Últimamente todo lo que dice Kellyn me irrita.

Devran presencia entretenido el intercambio.

—Igual os ha confundido nuestra buena educación; veis que somos bandoleros y vamos a recurrir a la fuerza para robaros si hace falta, ¿verdad?

—Lo vemos —respondo—. Sois vosotros los que erráis al creernos presa fácil.

Y me adelanto con el martillo izquierdo levantado.

Es mágico, claro, como todo lo que he hecho en mi vida. Este funciona como escudo, una barrera invisible



que se interpone entre mi persona y cualquier enemigo que se acerque. Además, si alguien me aborda con fuerza, el arma rebota contra él.

El primero de los bandidos se me planta delante y alza el garrote para apartarme de un golpe, pero yo lo tumbo, le paso por encima y me abalanzo sobre el siguiente, que retrocede al verme pisotear a su amigo. Luego se envalentona.

Me esquivo, me ataca con la vara. Yo me protejo con el martillo izquierdo, detengo el golpe con el escudo invisible y el impacto del rebote mágico hace caer de culo al bandido.

Con un golpe del martillo derecho, que no es mágico, le aplasto el cráneo.

Dos menos. Quedan siete, que me miran pasmados, como si hubieran visto caer del cielo a alguna criatura mística.

—Dejadnos pasar —insisto.

Unas manchitas rojas me tiñen las yemas de los dedos. Sangre y masa gris y a saber qué más. Se me revuelve el estómago.

No soy propensa a la violencia, pero, aunque me horro- rice, la empleo si es necesario para proteger a los míos.

Devran levanta el garrote con ambas manos.

—¡Atacad!

Dejo que Petrik y Kellyn se encarguen del resto; prefiero quedarme cerca de Temra por si me necesita.

La magia de *Lady Asesina*, la espada larga de Kellyn, le permite atacar a múltiples enemigos a la vez. Por eso el mercenario sonrío cuando los hombres de Devran lo rodean.

Esquivo un garrotazo por la izquierda y ataca por la derecha, dándole a otro una estocada en el vientre.

*Lady Asesina* lo insta a girar, empujándolo en la dirección correcta, y Kellyn se libra por los pelos de la vara dirigida a él.

Tres armas lo asaltan a la vez y Kellyn se dobla completamente hacia atrás, trazando con *Lady Asesina* un arco que desvía todos los golpes.

Petrik se queda plantado junto al carro, pero solo porque su arma funciona mejor de lejos. Lanza la vara, que gira sobre sí misma hasta alcanzar a uno de los bandoleros. No lleva armadura, y oigo el crujido de sus costillas antes de que la vara vuelva volando hasta Petrik, porque la magia hace que el arma retorne siempre a quien la lanza.

Quedan cinco.

Kellyn y Petrik continúan causando bajas entre ellos hasta que solo quedan Devran y otro, que huye mientras su jefe nos mira pasmado.

—¿Quiénes sois?

Kellyn Derinor, el mercenario.

Petrik Avedin, el estudiante.

Ziva Tellion, la forjadora de espadas.

Nuestra relación es más complicada que nunca, pero aún estamos dispuestos a protegernos los unos a los otros. Las aventuras que hemos vivido juntos han creado un vínculo de sangre entre nosotros.

Oigo toser en el carro y no me queda otra que limpiarme las manos en el pantalón y subir a ver a Temra.

—Somos viajeros con prisa —contesta Petrik— y ya nos habéis retenido bastante.

Lanza la vara, le da a Devran en la sien y el cabecilla cae al suelo como un saco de patatas. Petrik corre tras el que ha huido.

Le aparto el pelo de los labios a mi hermana, procurando evitar que se le adhiera al pegote de sangre de la boca. Me vuelvo para lanzarle otra mirada asesina a Kymora.

Pero no hay nadie más en el carro.

Parpadeo varias veces como si así la comandante fuera a aparecer.

—¡Kellyn! —grito.

Cuando a Temra se le pasa la tos, la recuesto con cuidado y salto por un lado del carro, donde cuelgan las cuerdas cortadas de nuestra prisionera.

En cuanto pongo los pies en el suelo, algo tira de ellos y caigo. Paro el golpe con las manos.

Al girarme, veo a la comandante debajo del carro. Sale de ahí rodando, se encarama sobre mí y me encaja el brazo bajo la barbilla para apretarme el cuello. Dándole zarpazos en la cara, intento quitármela de encima. Mis pulmones buscan un aire que no llega.

Y entonces aparece Kellyn y se la lleva a rastras.

Kymora le da un codazo en el vientre y él jadea, doblado por la mitad. Me pongo en pie como puedo mientras la comandante se dispone a huir. Para tener una rodilla destrozada, cojea a una velocidad impresionante, como si fuera inmune al dolor.

Corro tras ella y saco los martillos otra vez. Con cualquier otro sería excesivo, pero Kymora es la guerrera más temible de Ghadra. Se propone derrocar a todos los príncipes y someter al reino entero a su mandato. La última vez que nos enfrentamos a ella, para poder derrotarla, Kellyn, Petrik y yo tuvimos que aunar fuerzas y armas mágicas.

Esta es la mujer que ha llevado a mi hermana al borde de la muerte, que nos dejó huérfanas, que pretendía que forjara armas mágicas para sus soldados y poder así apoderarse de Ghadra sin resistencia.

No hay nadie más peligroso.

No puedo dejarla escapar.

No me atrevo a lanzarle un martillo por miedo a proporcionarle un arma; una simple ramita en sus manos puede resultar amenazadora. En su lugar, la asalto por la espalda con el martillo-escudo y la hago caer al suelo. Repta por la hierba sin perder un segundo e intenta alcanzar un palo largo.

—Como lo cojas, te rompo la otra rodilla —le digo en un tono que ni yo misma reconozco.

Me ignora y se hace con la rama, que usa para ponerse en pie apoyándose en un árbol cercano.

Para entonces ya ha llegado Kellyn, espada en ristre.

—Sitúate a su espalda —le ordeno, pero él ya iba en esa dirección—. No tienes escapatoria, Kymora —digo—. Ríndete.

La comandante se aparta de la cara unos mechones de pelo grasiento. Se le ha deshecho el moño perfecto que lleva siempre y se ha quitado la mordaza que le tapaba la discreta cicatriz de la mejilla. Su aspecto desaliñado, en cambio, la hace aún más amedrentadora.

—¿Cuánto tiempo más vas a perder persiguiéndome, sabiendo que tu hermana necesita llegar a la capital? —pregunta la comandante—. Pensaba que, a estas alturas, hasta el último segundo era crucial.

Sus palabras hacen efecto: me enrabian, renuevan mi sensación de urgencia y probablemente me vuelven más temeraria.

Aprieto los dientes y me abalanzo sobre ella; Kellyn ataca también por el otro lado. Kymora no puede defenderse de los dos con una sola pierna operativa, pero eso no le impide intentarlo. Detiene mi martillazo con el palo y se gira hacia mí para esquivar el tajo de Kellyn. El cuerpo me pide recular, apartarme de esa mujer odiosa.

Hago caso omiso y le suelto una patada en la rodilla destrozada.

La comandante brama de dolor, cae y, al hacerlo, suelta el palo.

Le agarro un brazo e intento bloqueárselo a la espalda, pero ella me ataca con el otro y trata de atizarme en la cabeza.

Tiro hacia arriba del brazo que le he inmovilizado, forzando el músculo y el hueso. Gruñe cuando la empujo y la tiro al suelo de bruces. Trato de atraparle la otra mano a la espalda. Entretanto, la retengo con todo el peso de mi cuerpo.

—¡Ríndete! —le chillo.

—¡Nunca! —contesta, echando la cabeza hacia atrás como un pez varado en la orilla.

—Si me obligas a elegir entre dejarte escapar y matarte, te voy a matar —le digo—. ¡Me lo has arrebatado todo y mereces morir!

Kellyn me ayuda a sujetarla, sentándose prácticamente sobre las piernas de la comandante para que no siga dando patadas. Me pasa un trozo de cuerda y yo le ato las manos con ella, más fuerte de lo necesario.

La cogemos cada uno de un brazo, la levantamos del suelo y la llevamos de vuelta al carro; Kymora forcejea todo el camino.

Petrik sale corriendo de entre los árboles, se detiene y, doblándose, se apoya las manos en los muslos.

—El último ha escapado.

—No te preocupes —le digo—. Ayuda a Kellyn.

A pesar de la fatiga, Petrik ayuda a llevar a su madre al carro. En cuanto Kymora se encuentra de nuevo presa en el vehículo, Petrik examina las cuerdas cortadas.

—¿Cómo se ha soltado? Dudo que le haya dado tiempo a robar un arma durante la escaramuza. Esos tipos llevaban garrotes y varas, y el hacha sigue en el suelo.

—Igual alguien le ha dado un objeto cortante —espetea Kellyn.

—Yo jamás haría eso.

Ignorándolos a los dos, registro los bajos del carro en busca de un cuchillo o algo que explique el intento de huida de la comandante.

—La sangre tira —dice Kellyn.

—Apenas la conozco. Aunque me pariera, no hay nada entre nosotros. Lo sabes. ¿Por qué iba yo a liberar a la mujer que ha herido a Temra?

—¡Callaos los dos, anda! —digo, irguiéndome, y les enseño el objeto metálico afilado—. Un pasador. Era lo que le sujetaba el moño. Hace días que se lo quitó. Debía de estar esperando el momento oportuno para usarlo.

—Perdona —masculla Kellyn sin atreverse a mirar a Petrik a los ojos.

—¿Cuándo vas a confiar en mí? —le pregunta el otro—. No he hecho otra cosa que ayudaros. Puede que os ocultara mi parentesco con Kymora, pero nunca he traicionado a las Tellion ni a ti.

—Tenemos problemas mayores que vuestras disputas —digo, mirando el puente—. Seguimos sin poder pasar y los que podrían habernos ayudado a mover el tronco están inconscientes, muertos o en fuga. ¿Hay alguna otra forma de llegar?

—Sí —contesta Petrik—, pero alargaría el viaje medio día más.

Me dan ganas de llorar. Ya vamos bastante justos de tiempo. La sanadora de Amanor nos dijo que las heridas de Temra la matarían en cosa de una semana.

Justo lo que se tarda en llegar a la capital.

Una rabia desconocida me inunda las extremidades mientras vuelvo a subir al carro. Me saco del cinto el martillo no mágico y le pego a Kymora en la pierna buena.

El chasquido suena fuerte. El alarido de la comandante apenas se oye con la mordaza que hemos vuelto a ponerle. El espaviento de Petrik y la cara de espanto de Kellyn me hacen sentir muy culpable, pero...

—Una promesa es una promesa —espeto.

Ya no se volverá a escapar.